

tuye una de las pruebas de su divinidad. Quien tiene certeza de poseer la verdad, no puede convenir con el error. Pero la intolerancia para con las ideas ha de ir acompañada de la caridad para con los que yerran. Los combates de la fe difieren esencialmente de las demás guerras. En éstas se trata de exterminar al enemigo; en aquéllas, de convencerlo y conducirlo á nuestro campo. Cuando uno—dice San Francisco de Sales—quiere atraer á su palomar las palomas de la casa vecina, no les tira piedras sino les echa grano. Si los Apóstoles se hubieran propuesto insultar y hostilizar á los gentiles, ¿habrían convertido al mundo?”

FRANCIA Y LA IGLESIA ⁽¹⁾

(Discurso del Obispo de Orleans á S. S. Pío X al presentarle los peregrinos franceses, en San Pedro de Roma, con ocasión de la beatificación de Juana de Arco)

Santísimo Padre:

Los obispos, sacerdotes, fieles, de la amada tierra de Francia, acogidos benévolamente por Vuestra Santidad en este templo, el más noble del universo entero—como si no hubiera recinto harto amplio y sagrado para el encuentro del padre con sus hijos,—venimos henchidos del deseo, de que nos gloriamos, y que ha palpitado desde San Pablo hasta nosotros en toda alma católica de veras, de “ver á Pedro,” de conversar con él.

Hace cerca de diez y nueve siglos que Pedro fue crucificado por Nerón. Acaso sus restos sacratísimos no serán hoy sino un puñado de polvo, que cabría en la mano de un niño, porque á tal extremo, vecino de la nada, llega por fuerza toda carne; pero Pedro sobrevive inmortal en los sucesores de su divino encargo.

(1) Véase nuestro artículo anterior.

“Llevados de la mano” por él, como se atrevió á decir extraña pero vigorosamente San Francisco de Sales, los miembros de la dinastía única y sublime fundada por el Pescador galileo, se transmiten de mano en mano, como “lámpara de vida” que ilumina los pueblos, la misión, la dignidad, los poderes sublimes otorgados por voluntad de Jesucristo, Hijo de Dios y Señor Nuestro, indemnes contra el tiempo que nada respeta, contra los furores del hombre capaz de combatirlo todo.

Vos sois Pedro, ¡oh Pontífice supremo! Ayer, cuando llegasteis á esta iglesia, las voces de los cantores, las de vuestros predecesores desde sus marmóreos sepulcros, las de los textos evangélicos que ciñen la gigantesca cúpula, todas clamaban ardientes, apasionados, entusiastas: *¡Tu es Petrus! ¡Tu es Petrus!*”

Sí, Padre Santo, Vos sois Pedro, y sobre esta piedra está edificada la Iglesia de Dios.

A este cántico, cuya exultación hemos gustado, formamos eco profundo en nuestros corazones.

¡Sois Pedro!, ó según las palabras de San Ireneo de Lyon, va ya para diez y siete siglos: “sois el Obispo de esta iglesia romana, la más antigua, la más célebre, fundada por los Apóstoles Pedro y Pablo y á la cual han de vivir unidos los fieles diseminados en todo el mundo.”

¡Sois Pedro!, ó como escribía San Próspero de Aquitania, mil cuatrocientos años há: “Sois Jefe del orden pastoral en el universo entero; sujetáis á Roma por la religión lo que ella jamás habría avasallado por las armas.”

¡Sois Pedro!, ó según afirmaba San Bernardo de Clairaval hace ochocientos y más años: “Sois sumo sacerdote, príncipe de los obispos, Melquisedec por el orden, Aarón por la dignidad, Moisés por la autoridad, Cristo por la unción, pastor del rebaño del Señor, pastor de los pastores, depositario de la plenitud de los poderes divinos.”

¡Sois Pedro!, es decir, como enseñaba San Francisco de Sales, ahora trescientos y tantos años, “sois el General

de los Apóstoles, la cabeza que habla sin contradicción de ningún miembro en nombre de todo el cuerpo; el guía que nunca conduce á las ovejas á pastos venenosos; juez para toda duda mayor, juez competente y supremo en todas las grandes dificultades.' ”

¡Sois Pedro!, ó conforme al dictamen de Bossuet, dos siglos antes de nosotros. “Sois el maestro sentado en la cátedra eterna, encomiada por los Padres de la Iglesia; fuente de la unidad, Iglesia madre, gobernadora de las demás iglesias; cátedra que hace únos á los fieles. Sois depositario de las llaves á quienes todo está sujeto: reyes y pueblos, pastores y rebaños....”

Después de oír á todos estos doctores, compatriotas nuestros—porque hemos cedido al orgullo infantil acaso, pero filial para con la Patria, de no citar sino testigos franceses—no temeremos concluir con el santo Obispo de Ginebra: “Nos inculpan de ser papistas y romanos,” pero no tenemos las palabras ni las ideas que con ellas se expresan. Iluminados por el Concilio Vaticano, entendemos mejor que nuestros padres los vocablos y las ideas. Pero nuestros padres, por haber sido como todos lo eran en aquellos tiempos, no fueron menos papistas y romanos que nosotros.

Ni desde ayer ni desde antier hay romanos y papistas en Francia, puesto que siempre hubo en nuestra Patria católicos y doctores de la Iglesia. La fe que profesamos la recibimos de nuestros padres, y esperamos con orgullo dejarla á los hijos de la generación actual. No es idolatría, es pura creencia; no es fuente de rebelión contra autoridad alguna legítimamente ejercida; es raíz de lealtad y de justa obediencia; no madre de servidumbre, sino principio de libertad; no es antipatriótica: somos papistas, romanos, pero franceses también, *vrais français de France*, verdaderos franceses de Francia, que decía Juana de Arco.

Nos creemos con derecho para hablaros así, Padre Santo. En los rudos momentos por que vamos pasando, hemos

gustado cuán dulce es transitar por el áspero sendero que Pedro nos señala. Allí está la paz, aunque se encuentre la pobreza; allí la íntima alegría, en medio de la prueba; allí el deber entre el formidable combate. No hay uno de mis colegas que no piense como yo; ni uno de los sacerdotes franceses que han asombrado al mundo por su desinterés, que no se adhiera á mis palabras; ni uno solo de nuestros generosos fieles que no las suscriba. Así fue ayer esta iglesia representada aquí en compendio; así será mañana, cualquiera que sea ese mañana: nadie ni nada la apartará de Pedro. Nos quitarán el último mendrugo de pan, nos exigirán los sudores, la sangre, la vida, pero nada, absolutamente nada nos separará de Pedro, porque Pedro es Jesucristo; porque, ¡oh Pontífice intrépido, oh bonísimo Padre! ¡oh “Maestro de la palabra y de la acción!” que enseñáis con verbo tan firme y con perseverancia tan incansable los principios sin los cuales perecerían razón y fe, hombres y pueblos, patria y religión, porque, lo repetimos, ¡sois Pedro!

A estos afectos que he expresado con sobra de imperfección, si considero el Pontífice á quien estoy hablando, los prelados ilustres que me escuchan, úno la más ferviente acción de gracias.

Vuestra Santidad acaba, en virtud de su autoridad suprema, de poner en el número de sus bienaventurados á nuestra Juana de Arco.

Claro está que la Iglesia no intenta favorecer á los santos cuando los llama á participar con Jesucristo, en sabia y prudente medida, del honor de los altares. La resistencia larga y laboriosa que opone antes de dictar juicio favorable, las dificultades que acumula, las dilaciones que prescribe, sus exigencias para con los hombres, á quienes exige las pruebas más ineludibles.... ¿qué digo?, sus exigencias con Dios, de quien aguarda que refrende con milagros los procedimientos humanos; tan sublime audacia, tan escrupulosa piedad demuestran que la Iglesia no deja,

en tan arduo negocio, cosa alguna ni á la imaginación ni al acaso, ni á los empeños, ni á la benevolencia. Justicia, y nada más que justicia. Se limita á decir la verdad, la verdad que conoce con asistencia divina. Tal es á un tiempo mismo el derecho y el deber de su magisterio augusto.

Pero, precisamente porque la beata Juana recibe justicia de Vuestra Paternidad, por eso nosotros recibimos alegría, alientos, esperanza.

Se ha hecho justicia á Juana de Arco.

Hermana de las Ineses, de los Luises, de los Estanislao, por la inocencia, creció embalsamando con aroma de virtudes la adhevela natal, siendo orgullo de su rudo padre y de su "pobre madre," alegría de cuantos la trataban, sonrisa del cielo sobre un rincón de la patria francesa.

Emula de los místicos insignes, realizanse en ella las palabras: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios." Durante seis años, los ángeles y santos del cielo no la abandonan casi ni un instante. Rompe á llorar cuando la dejan, quisiera irse con ellos. En cambio vienen á su menor llamamiento. Muévase ella en la esfera sobrenatural ágil, sencillamente, como nos movemos nosotros en la luz natural que nos envuelve. Tiene Juana la mirada tan limpia, que nada se le oculta de la recatada mansión del Todopoderoso.

Más decidida que San Luis, no quiere, bajo su bandera virginal, sino soldados convertidos, confesados, absueltos. Les predica, los trae al aprisco; apóstol y general á un tiempo mismo.

Intrépida y perita en el arte de la guerra, venga en Augustins, en Tourelles, en Patay, nuestras derrotas de Portiers, de Crécy, de Azincourt.

La vida de Juana se abrió en el brillo de la estrella de la Epitafio, y se cerró en las salvajes llamas de la hoguera de Rouen. ¡Qué le hace! La pira fue para Juana triunfo mayor que lo hubiera sido un trono, puesto que de allí se levantó, émula de los mártires, á la posesión de Jesús, de María, de aquellas voces recibidas del cielo.

¡ Santísimo Padre! Aquella "doncellita de Dios," que á los diez y ocho años (de edad pone mano á la espada de Francia y la menea tan poderosamente; aquella "doncellita de Dios," que toma la corona de los antiguos Capetos, y ciñéndola á la frente de un Delfín, salva la dinastía con el entronizamiento de un Rey; aquella criatura tan débil, tan sencilla, y sin embargo tan poderosa é imponente, que hace, con su presencia, retroceder un gran pueblo á su nativa isla, y reconstituye otro gran pueblo y lo obliga á avanzar como océano que reconquista sus riberas; aquella pastorcita, evangelista del reino de Cristo, lirio, caballero, fe, honor, valentía, con la frente circuida con nimbo de profeta, envuelta en la púrpura de su propia sangre; la niña, la doncella de Dios ha sido levantada en alto por vuestras sacras manos y, presentada por Vuestra Santidad, desde este Vaticano, el lugar más alto, más esplendoroso que existe, á las miradas de Francia y del orbe entero de la tierra.

Y como Juana de Arco es hueso de nuestros huesos, carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, admiración de nuestros espíritus, amor de nuestros corazones, entusiasmo de nuestras almas, ¡gracias, Padre Santísimo, gracias!

En nombre de cuantos se apiñan al rededor de la imagen de la Doncella, cuya alma—así lo creemos firmemente—goza de las vivas alegrías del Paraíso; en nombre de Pío IX y León XIII, de Dupanloup, de Bilio, de Howard (1), de Parocchi, de Cretoni, de Captier, de Martini; en nombre de los que aún viven: Ferrata, Conillé, Panici, Verde, Hertzog, Minetti, Mariani; en nombre de los jueces, consultores y testigos de los diversos procesos; en nombre de Orleans, ciudad de dilatada memoria, jamás olvidadiza,

(1) Pío IX introdujo la causa de Juana de Arco, León XIII la siguió; los cardenales y prelados que se mencionan en el discurso son los que tomaron parte en el proceso de beatificación. Nótese que entre ellos figura el Cardenal Howard, de la familia real de Inglaterra.

jamás ingrata; en nombre de los Cardenales, Arzobispos, Obispos que nos están honrando con su presencia; en nombre de la familia de Juana de Arco; en nombre de la juventud francesa, que recomendamos á la nueva Beata, rogándole con ansia que le conserve la fe y la inocencia bautismal; en nombre de los que creen y aman, y en el de los que reniegan ahora de Dios, pero creerán más tarde en EL; que al presente no le adoran, pero tornarán á Jesucristo, Señor de Juana de Arco, Señor y verdadero Rey de Francia; en nombre de los indiferentes próximos á despertar con los repiques de la beatificación; en nombre de los nuevos apóstoles que se levantarán tomando la divisa de la Doncella: "Dios señala la hora; hay que luchar cuando Dios lo quiere; los soldados combaten y Dios triunfa"; en nombre de nuestra juventud, que entiende no deber dedicarse sólo á las diversiones estúpidas y á los goces criminales; en nombre del pueblo francés, engañado á menudo, pero capaz de luz y dirección; en nombre de *todas* las Patrias, en el de la Iglesia católica, única capaz de glorificar como se lo merecen las grandes virtudes; en nombre de Francia, madre única de la única Juana de Arco, de Francia por la cual es tan dulce vivir, y sería tan fácil morir: á Pío X, al Papa de Juana de Arco, con toda la verdad de nuestros labios, con el respeto de nuestra voluntad, con el amor de nuestros corazones, Nosotros, representantes aquí de Francia católica y del universo entero, decimos: ¡Larga vida! ¡Gloria inmarcesible! ¡Impecedera gratitud!

MONS. ESTANISLAO TOUCHET

Obispo de Orleans

HABLA PÍO X

(Respuesta al anterior discurso)

Os agradecemos, Venerable Hermano, los votos, las protestas, las promesas que nos acabáis de presentar en nombre de vuestros ilustres colegas, de los peregrinos aquí presentes, de los católicos de Francia.